

RELIGIOSIDAD Y ASCTISMO EN EL PERÚ PRECOLOMBINO

Aproximarse al pasado religioso andino constituye un reto apasionante pero en extremo dificultoso. Durante años los estudiosos privilegiaron diversas aproximaciones a este aspecto fundamental de la historia de esta importante zona de América Latina, omitiendo toda mención a su acervo espiritual. Tal vez fueron desalentados por prejuicios ideológicos o por la ausencia de testimonios, escritos, códices precolombinos o monumentos religiosos claramente fechables. Para aproximarse a la realidad telúrica del antiguo hombre peruano, habitante de un medio natural tan difícil, es fundamental adentrarse en su misterioso mundo religioso. Pocos debieron luchar tanto para vencer el desafío al que los sometían sus montañas impenetrables y sus áridos desiertos como el personaje andino. Deteniendo un momento la diaria lucha para subsistir, el antiguo habitante de lo que hoy se llama Perú y de los pueblos que lo rodean debió alzar incontables veces las manos hacia el intenso cielo azul que coronaba sus montañas para proclamar a viva voz la interrogante fundamental: "¿Cuál es, finalmente, aquel último e inefable misterio que envuelve nuestra existencia, del cual procedemos y hacia el cual nos dirigimos?"¹

La cotidianeidad de lo divino

"El primitivo pueblo peruano era un pueblo religioso. La religión envolvía su vida entera", sostenía Rubén Vargas Ugarte, erudito historiador de la Iglesia en el Perú². "En cualquier negocio que quieren poner por obra que sea de alguna importancia —mencionaba el curioso cronista valladoleño Polo de Ondegardo— tienen por costumbre hacer primero dos prevenciones. Una es de echar

1. Ver *Nostra aetate*, 1.

2. RUBÉN VARGAS UGARTE, sj, *Historia de la Iglesia en el Perú (1511-1569)*, Imprenta Santa María, Lima, 1953, T. I., p. 29.

suertes y mirar a las entrañas o asadura de algunos animales, y la segunda hacer algún sacrificio u oferta a los adoratorios". Primero al Wiracocha, luego al Sol, y más tarde a alguna "huaca" particular³. Comentando la opinión de Rafael Karsten, para quien el pueblo Inca era "el más religioso del mundo", el arqueólogo peruano Federico Kauffmann Doig reconocía la acentuada religiosidad del hombre andino. "La predisposición por lo místico y las ceremonias sigue vigente entre los herederos de la frondosa tradición religiosa prehispánica", comprobaba Kauffman Doig a partir de sus exploraciones andinas⁴.

El infatigable investigador de las lenguas vernáculas peruanas, Ernst W. Middendorff, sostenía categóricamente cómo el "fundamento de la política y el Estado Inca fue desde el principio religioso". Sus grandes señores se entregaron a la edificación de colosales templos y adoratorios. Pachacútec, a quien las crónicas atribuyen la "organización del culto" en el incanato (Salinas y Córdova; Román y Zamora), quiso mostrar su fervor al dios Wiracocha, su favorecedor en la batalla decisiva contra los chancas, construyéndole dos magníficos templos: uno en el Cuzco, el Quishuarcancha, y otro no menos notable en Cacha. Antes del fragor de la batalla, una numinosa aparición del dios le auguró la victoria de las fuerzas cuzqueñas contra los temidos chancas. "Hijo —le dijo el dios a Pachacútec—, no téngas miedo".

Tanto el concepto de un dios abstracto o de alguna palabra que expresara dicha idea le fue ajena a esta rica religiosidad, regidora de la totalidad de la existencia social en los siglos anteriores al incanato y durante el Tahuantinsuyu. Las "religiones indianas" resistieron la admisión de "dioses impersonales". La vida del antiguo peruano estaba íntimamente ligada a la ruda tierra, la "Pachamama", de donde debía extraer su sustento. Ellos creían firmemente en la acción de las divinidades a través de los elementos naturales, influenciando las lluvias que nutrían los campos, el felino que atacaba el hato de auquénidos, o el rayo o

3. En el antiguo Perú el vocablo "huaca" o "guaca" recibió un significado flexible, pero usualmente se refería a un "lugar sagrado". Los peruanos precolombinos reconocían como "huacas" a cada lugar u objeto en donde ellos creían que se albergaba un espíritu al cual había que complacer. Estas "huacas" podían variar desde un montón de piedras al borde de un camino; una colina, un manantial, un templo, o un palacio.

4. FEDERICO KAUFFMAN DOIG, *Los Dioses del Mundo Andino*, en *Vida y Espiritualidad*, VE, Año 2, n. 3, Enero-Abril, Lima, 1986, p. 77.

"Illapa", que fulminaba al labriego. Cuando el Inca Yupanqui elevaba plegarias al Sol, narra Cabello de Balboa, "hablaba con él como con amigo familiar".

El ansia religiosa está presente desde los momentos más pretéritos. Al deambular por las extensas y gélidas punas andinas buscando sustento, el hombre prehistórico vive el drama de la sed de absoluto. Los incontrolables elementos lo atemorizan y, sin embargo, le fascinan. Cada uno parece tener alma propia, trascendente. Los adora y los sirve, buscando apaciguar las fuerzas telúricas que se desencadenan sobre él. Emplea la magia con este fin. Con toscos pinceles fabricados con las cerdas de algún animal o, simplemente sirviéndose de sus dedos, deja el testimonio de sus epopeyas y sentimientos mágicos en las ásperas y desiguales paredes de las cuevas lauricochenses. Devotos escultores intentaron capturar, dos mil años atrás, en el misterioso Kotosh, las indeterminadas formas de la deidad, modelando las manos cruzadas que siglos después aparecían en la imaginería cristiana local. Similares intenciones guiaron a los constructores de los adoratorios costeños de El Paraíso (1. 600 AD), Aspero (1. 300 AD) y Aldas (1. 300 AC). Todos constituyen "muestras indiscutibles de cómo el hombre ansiaba trascender la contingencia en la que se descubría inmerso, de cómo se abría paso desbordando la rutina cotidiana hacia el espacio sagrado del templo y del rito que este reclama, de cómo se encontraba —en última instancia— remitido más allá de sí mismo", reflexionaba en un sugestivo ensayo el pensador católico peruano Luis Fernando Figari⁵.

La organización religiosa

Los testimonios antiguos sobre el Tahuantinsuyu nos informan sobre la existencia de una compleja organización religiosa correspondiéndole preservar fielmente los complejos rituales. La vida religiosa estaba a cargo de un "clan sacerdotal" de adivinos y agoreros, e incluso de una forma de "virginidad ritual", practicada por ciertos sacerdotes y "Acllas", las llamadas "vírgenes"

5. LUIS FERNANDO FIGARI RODRIGO, *Perú: pueblo con vocación continental*, en *Iglesia y Cultura Latinoamericana*, Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM, Bogotá, 1982, p. 442.

consagradas a los ritos. Tradiciones concernientes a los horizontes más tempranos de la historia peruana relatan cómo los hechiceros debían superar complicados ritos de iniciación emprendiendo severos ayunos, acompañados de períodos de reclusión y purificación, flagelaciones y otras disciplinas físicas. Estas manifestaciones de ascética ritual conducían al hechicero a un estado de "muerte", "éxtasis" en realidad, del cual resucitaría más tarde poseyendo fuerzas sobrehumanas. Estas energías portentosas significaban, ante el clan o la tribu, el dominio sobre los elementos y la tortuosa enfermedad.

¿Existió alguna forma de "vida monástica" pre-cristiana entre los antiguos peruanos? Los testimonios recogidos por los "Cronistas de Indias" y en los ilustrativos "procesos para la extirpación de idolatrías" no muestran propiamente vestigios claros de formas "monásticas" en el sentido tradicional; pero sí algo que se asemeja a los "eremitas" así como unas organizaciones secretas donde se agrupaban los hechiceros para sus ritos mágicos. Mircea Eliade descubre este denominador común en diversas civilizaciones antiguas (Chamanismo); mientras en el Perú los arqueólogos han desenterrado edificaciones que habrían servido para la práctica de ritos esotéricos e iniciáticos. La disposición de los restos arquitectónicos hallados en Río Seco, al norte de Lima; entre los vestigios del pueblo pesquero de Asia, en el sur; y los encontrados en las necrópolis de Paracas, parecen testimoniar un uso religioso-ritual. La antigüedad del templete de Río Seco se calcula en unos 3. 600 años AD y el de Asia en 3. 200 AD. En estos recintos se han hallado objetos empleados por los hechiceros para sus rituales. Por ejemplo conchas conteniendo pinturas, bolsas con productos medicinales y mágicos⁶. Solamente los iniciados de la tribu podían trasponer el umbral del recinto sagrado. Prácticamente cegados por los profusos humos del tabaco, y extasiados por el frenesí de las danzas y las abundantes libaciones del licor narcotizado de la ayahuasca, los antiguos peruanos se entregaron a estos rituales que sobrevivieron hasta el incanato.

La expansión del Imperio Incaico con sus complejas formas culturales trajo consigo la existencia de personajes bien definidos, apartados del curso normal de la vida social para dedicarse

6. EUGENIO ALARCO, *El hombre peruano en su historia. Los antepasados aborígenes*, Editorial Universo S. A., Lima, 1971, T. II, pp. 193-194.

exclusivamente al servicio de los ritos religiosos. Estos "escogidos" recibirían diversos nombres. En su monumental *Historia del Imperio Incaico*, el ponderado cronista y sacerdote Bernabé Cobo, relata cómo el cuidado de los grandes templos cuzqueños estaba en manos de una compleja jerarquía de sacerdotes, agoreros, sacrificadores, "monjes" y "vírgenes" o "acllas". Estos "monjes" mencionados por Cobo vivían temporalmente el celibato ritual o eran emasculados para cumplir ciertas funciones religiosas. Aunque no existe un consenso entre los cronistas sobre las funciones de estos "monjes", el Padre Cobo les atribuye el papel de guardianes y "confesores" de las "acllas".

Esquemas religiosos precolombinos

Los Incas heredaron una numerosa teogonía de deidades provenientes de los pueblos que fueron conquistando. Cabe destacar el culto "original, vigoroso, refinado y esplendoroso" ubicado en las heladas altiplanicies de Tiahuanaco. La devoción en este gran centro ceremonial se focalizaba en el dios Wiracocha, esculpido en el centro del pórtico de la llamada "Portada del Sol". De sus ojos brotan lágrimas, sugiriendo "fuentes de agua" o el "llanto cósmico" del creador, dando vida a las plantas, a los animales y al hombre⁸. Betanzos identifica a esta deidad con el poderoso dios Con Tici Wiracocha, creador de cielo y tierra, del sol, el día, las estrellas, la luna, y los primeros hombres. Al desobedecer, fueron transformados en piedras. Entonces, el laborioso dios fabricó estatuas, sirviéndose de ellas para modelar a una nueva raza de hombres destinada a poblar la tierra. Interpretaciones más modernas de los vocablos quechuas consideran a esta divinidad como fundadora de un linaje, cimiento de grupos o "Ayllus", como se conoció en el incaato a las etnias.

Los Incas fueron añadiendo a este "panteón" sus propias deidades, a las que consideraron superiores. "En los Andes —explica la historiadora María Rostworowski— hallamos diversos dioses mayores y también una numerosa jerarquía de divinidades

7. J. ALDEN MASON, *Las Antiguas Culturas del Perú*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978, p. 197.
8. EUGENIO ALARCO, o.c., p. 477.

subalternas propias de varios *ayllus*, de cada pueblo particular, e ídolos personales. Un lugar prominente lo ocupaban los 'malqui' o cuerpos de los antepasados, a los cuales rendían culto mezclado con reverencia y temor a represalias si no quedaban satisfechos con las ofrendas"⁹. Bernabé Cobo intenta "jerarquizar" los dioses del incanato. Puede ser que esta relación coincida con la reforma religiosa de Pachacútec. En primer lugar coloca a Wiracocha o Ticsi Wiracocha, el "fundamento divino" y otras veces "creador del mundo". En segundo lugar el Sol o Apu Inti. Le siguen el Rayo o Illapa, la Luna o Quilla, las estrellas, el Mar o Mama Cocha, Pacha Mama o Madre Tierra, las piedras o Pururauca, los Huauques o dobles de cada Inca, las Momias y las Huacas¹⁰.

Los dioses creadores en los Andes

En años recientes el estudio de la religiosidad andina ha cobrado un renovado interés. Kauffman Doig comprobaba cómo lo religioso se expresaba "especialmente en el terreno de lo práctico: en un intenso culto tributado a los seres sobrenaturales. Pero el pensamiento andino incursionó en tópicos sobre la creación del universo y de los hombres (...) puede decirse que hubo auténticos 'dioses andinos' "¹¹.

Uno de los temas más sugerentes es justamente el de un "dios creador andino" cuyas características arquetípicas influyen sobre toda el área de los Andes. Las crónicas (Garcilaso, Betanzos) se refieren a Wiracocha o Illa Ticsi Wiracocha Pacayacik (antiguísimo fundamento, señor, instructor del mundo) como la deidad creadora de mayor antigüedad. Algunos historiadores modernos ubican el culto a Wiracocha en la región que se extiende desde el altiplano Perú-Boliviano a la zona central peruana, con ramificaciones diseminadas por el norte argentino y el norte del Perú¹².

-
9. MARÍA ROSTWOROWSKI DE DIEZ CANSECO, *Estructuras andinas de poder. Ideología religiosa y política*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1986, pp. 30-31.
 10. LUIS E. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*, Editorial Mejía Baca, Lima, T. III, 1978, p. 11.
 11. FEDERICO KAUFFMAN DOIG, o.c., p. 79.
 12. FRANKLIN PEASE, *El dios creador andino*, Mosca Azul Editores, Lima, 1973, p. 14.

Las crónicas recogen la narración de "una creación primordial realizada por Wiracocha, quien formó inicialmente el cielo, la tierra y una generación de hombres que vivían en la oscuridad". El dios emergió del lago Titicaca para crear el sol, la luna y, los hombres, para luego desaparecer. En la ausencia de la divinidad, los hombres pecan, tal vez guiados por el hijo de Wiracocha quien "desordena" la creación. Transforma los lagos en mares y los mares en lagos. Esta caída provoca una nueva aparición de Wiracocha, quien destruye a los primeros hombres convirtiéndolos en figuras de piedra. "Estas estatuas son los 'modelos' de la nueva humanidad que Wiracocha hizo salir del subsuelo (de ríos, manantiales, cerros, árboles, etc.), en las cuatro direcciones del espacio. Junto con los hombres creó la luz, haciendo subir al cielo el sol y la luna"¹³. Al final de la epopeya creadora, el "fatigado dios" se dirige a un paraje al que llama Cuzco para desaparecer más tarde, "caminando" sobre las aguas del mar. En una legendaria narración recogida por el Padre Cobo, Wiracocha "reclama" su derecho de deidad principal al revelársele en sueños al príncipe Pachacútec cuando el imperio es acosado por la invasión del pueblo chanca:

Reposando un día a la sombra de una inmensa roca, el dios Wiracocha se le apareció durante un sueño bajo la forma de un barbado hombre blanco cuyas vestiduras le llegaban a los pies. Este dios le llamó la atención, manifestándole que a pesar de ser el dios universal y creador de todas las cosas —el cielo, el sol, la tierra y los hombres— y a pesar de que todo estaba bajo su autoridad, los Indios no le veneraban como debían; sin embargo le prestaban la misma reverencia que al Sol, al Rayo y a la Tierra, y otras cosas igualmente creadas que por sí mismas no tenían otro poder que el recibido a través de él...; en el cielo, donde él habitaba, era conocido como Wiracocha Yachachic, que significa "creador universal"¹⁴.

Otros investigadores como Rostworowski tienen una aproximación distinta al problema de la divinidad creadora. Wiracocha no sería propiamente la divinidad creadora del género humano. Para los antiguos habitantes del Ande, "los hombres procedieron de determinadas y distintas 'pacariscas' o lugares de origen"¹⁵. Las "pacariscas" eran las piedras, fuentes, lagunas, ríos, cuevas, animales, aves, árboles. Más bien Wiracocha o Ticsi Wiracocha sería

13. FRANKLIN PEASE, o.c., pp. 14-15.

14. BERNABÉ COBO, *Historia del Imperio Inca*, University of Texas Press, Austin, 1979, p. 127.

15. MARIA ROSTWOROWSKI, o.c., p. 31.

un "fundador de linaje", "padre de los ayllus de las etnias o cimientos de un grupo"¹⁶. Quizá una especie de demiurgo que podría haber ordenado el caos primigenio.

El establecimiento del culto a Wiracocha, eminentemente filosófico y de complicada comprensión para el pueblo común, parece haber despertado algún grado de conflicto en el incanato. Asevera el cronista Cabello Balboa que al concluir el Inca Pachacútec la construcción del templo al Sol, el Coricancha, llamó a los principales sacerdotes a conciliábulo, encomendándoles la definición de una jerarquía celeste. Estos concluyeron que la deidad principal era el Sol. Objetándoles, Pachacútec interrogó "si sentían o presumían en la naturaleza haber otro mejor que el sol a quien dar y atribuir el sumo y universal poder sobre los tiempos y cosas en ellos creadas y sucedidas. A lo cual fue respondido de todos que no, ni nadie debía pensar ni creer que otra cosa más suprema que el sol hubiese en los cielos ni en la tierra, como ya estaba recibido y creído desde innumerables siglos". Pachacútec montó en furia y corrigió a sus sacerdotes: "Sabed, mal entendidos viejos, que aunque mi oficio y obligación no es más que aumentar mi república y conservarla en paz y justicia y ser legislador de santas y justas leyes y más obligado a las armas que no a la contemplación, he hallado por mi cuenta que el sol que nos alumbra a quien tantos y tan buenos atributos dan los mortales, y de quien tan buenos efectos vemos en el mundo, no es ni puede ser el hacedor supremo de las cosas que vemos". Si fuera todopoderoso, argumentó el Inca, no andaría dando vueltas por la tierra, alejándose de unos con la noche y el invierno, para acercarse a otros con la luz del día y el verano. Desconcertados, los sacerdotes disputaron qué nombre debía poseer el omnipotente para invocarlo y adorarlo: "Le fue acordado el de Ticci Wiracocha Pachacama, que quiere decir fundamento de todo lo excelente y hacedor del mundo"¹⁷.

Desde aquel momento se tributó a la deidad el más reverente culto, reservándose una capilla para Wiracocha en el Coricancha. La delicada y sensible alma indígena le dedicó hermosas oraciones. En su "Crónica Moralizadora" el Padre Calancha recoge esta plegaria:

"Oh Hacedor, que estás desde los cimientos y principio del mundo hasta en los fines de él, poderoso, rico y misericordioso, que diste ser

16. MARÍA ROSTWOROWSKI, o.c., p. 36.

17. LUIS E. VALCARCEL, o.c., p. 306.

y valor a los hombres, y con decir: sea este hombre y sea esta mujer, hiciste, formaste y pintaste a los hombres y a las mujeres; a todos estos que hiciste y diste ser, guárdalos y vivan sanos y salvos, sin peligro y en paz. ¿Adónde estás? ¿Por ventura en lo alto del cielo o abajo, en las nubes y nublados, o en los abismos? Oyeme y respóndeme y concédeme lo que pido, danos perpetua vida para siempre, tennos de tu mano, y esta ofrenda recibela a doquiera que estuvieres, ¡Oh Hacedor!"¹⁸

Pérez Bocanegra compilaba, algo más tardíamente, en 1631, estas devotas invocaciones en quechua:

Runacamac micocpac
Rurac uari Wiracocha
Maypin canqui
Runayquiman yacoyquita
unoyquita
Cacharimouay.

Oh creador de los hombres —invocaban a grandes voces mientras caminaban de cerro en cerro—, que haces por los que comen. Huari Wiracocha, ¿dónde estás? Suelta para tu gente tus aguas, tus lluvias hasta mí.

Al concluir el reinado de Pachacútec el culto a Wiracocha fue desplazado a causa de algún misterioso conflicto. La devoción se traslada meramente al culto solar, confundiendo los antiguos peruanos sus atributos con los de Wiracocha, o ignorando completamente su existencia. Las "Informaciones" paciente y metódicamente recopiladas en el gobierno del Virrey Francisco de Toledo, a partir del año 1569, recogen dos datos valiosos: antes de la entrada de los españoles, los antiguos habitantes del Perú adoraban diversos dioses, particularmente uno llamado Wiracocha, a quien consideraban hacedor de todas las cosas, "pero que no sabían quién era este Wiracocha". En otro pasaje de la citada obra se explicitaba cómo todos los dioses estaban subordinados a Wiracocha. Su culto no era tanto porque los creyesen dioses, sino porque los tenían como hijos de la deidad. Como tales podían interceder ante el dios principal.

Don Pedro de Villagómez, autor de un extenso manual sobre las "idolatrías" del antiguo Perú, comprobaba "la universalidad del culto al sol (principalmente en la sierra), bajo los nombres de Inti

18. FRAY ANTONIO DE LA CALANCHA, *Crónica Moralizadora*, Ignacio Prado Pastor Editor, Lima, 1976, T. VI, p. 82.

y Punchau (o el Día)"¹⁹. El Sol conjuntamente con el Rayo eran considerados "hacedores" y "creadores". Se les ofrecía pelos de las cejas soplando en su dirección y levantando las manos.

El sacerdote, puente a lo sagrado

La "clase sacerdotal" ocupó un lugar predominante en la organización social del Tahuantinsuyu. Existió, al parecer una jerarquía entre los sacerdotes andinos. Los principales fueron los Villac homa o Vilaoma, y "era siempre elegido entre la casta de los propios Incas"²⁰. Su función fundamental consistía en la instrucción religiosa. Era el maestro del ceremonial y el rito y, como segunda persona después del Inca en el Imperio. Al parecer los Vilaoma dispensaban con sus bienes, que poseían en abundancia, alguna forma de beneficencia con las viudas y huérfanos. Despertaban gran respeto entre el pueblo, quizás por sus vidas virtuosas y sabiduría, a lo que hacen referencia varios cronistas. El Vilaoma, explica un Anónimo Jesuita, "era célibe y casto y gozaba de mucha autoridad". Blas Valera lo describe macilento, vestido de pardo o de negro, con túnicas largas y el cabello como melena, hasta las orejas. Cuando iba por la ciudad caminaba orando. La gente los tenía como alguien sagrado.

Ciertos miembros de la casta sacerdotal constituían un grupo separado de la sociedad. Habitaban en montes y quebradas solitarias. En estos parajes pasaban largo tiempo observando los astros, descubriendo sus secretos. Sobresalían por su ascetismo. "Resistían estoicamente las inclemencias del tiempo, sin sentir pena ni dolor —dice Blas Valera. Mientras ellos sufrían los fríos y las nieves de las alturas, sus cofrades de la costa soportarían las arenas que hervían de calor. Nada codiciaban, se conformaban con poco, sumidos en sus estudios y pensamientos, alimentándose de lo que la naturaleza misma les daba. Dormían en el suelo, comían las raíces que encontraban, bebían el agua de los arroyos. Se disciplinaban con cuerdas llenas de nudos. La gente iba a buscarlos

19. LUIS E. VALCARCEL, o.c., p. 25.

20. MARÍA ROSTWOROWSKI DE DIEZ CANSECO, *Historia del Tahuantinsuyu*, Instituto de Estudios Peruanos y Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONCYTEC), Lima, 1988, pp. 204-208.

para consultarles sobre los sucesos o para pedirles oraciones. Vivían así, sin enfermedades, y morían de muy viejos". No es posible leer estos relatos sin pensar en una cierta forma de eremitismo.

Entre ellos actuaba como un ministro principal, el Vilcacuna o sumo pontífice del santuario del Sol en el Cuzco. Bajo su autoridad actuaban una gran variedad de funcionarios religiosos como los "visitadores", encargados de "poner y quitar" huacas y establecer nuevos sacerdotes. Los "huatuc", por ejemplo, profetizaban después de beber una pócima; y los "hamurpa" estudiaban las vísceras de los animales sacrificados.

En su relación de 1617, Fernando de Avendaño, visitador del Arzobispado de Lima, descubre la existencia de sacerdotisas junto a los ministros encargados del culto. Ambos tenían el encargo de organizar y ejecutar las fiestas, sacrificios y ofrendas. Interpretaban los oráculos e instruían a los jóvenes del ayllu en las ceremonias rituales. Estos personajes podían ejercer el sacerdocio por vocación, elección o herencia.

Grandes honores e inmensas privaciones caracterizaron este sacerdocio pagano en el antiguo Perú. Los largos ayunos eran frecuentes. Al avecinarse alguna fiesta especial, el Tarpuntae o sacerdote del sol, ayunaba el período que comprendía entre la siembra del maíz hasta cuando la plantita alcanzaba un dedo de alto. Además de abstenerse de alimentos no podía tener contacto carnal ni masticar coca. Esta norma se extendía a toda su familia. Otro personaje caracterizado por la renuncia era el Umucuna, un adiviño encargado de predecir los acontecimientos futuros o presentes pero que ocurrían en lugares distantes. Solían vivir célibemente, ayunaban continuamente y su vestimenta de color pardo los distinguía del resto.

Trascendencia de los ritos

Las huacas y los oráculos constituyeron un factor fundamental en la religiosidad andina. No se daba ningún paso importante sin la celebración de ritos de adivinación. La "callpa" era característica en el Cuzco: se extraía el corazón palpitante de un camélido o roedor con el fin de "leer" en él los augurios. Las huacas tenían

sus propios adivinos, los "guacarimachic" y los "ayatapuc" que se comunicaban con los muertos. Estos lugares poseían un temido poder religioso. "El hombre andino inmerso en un ambiente profundamente mágico temía los fenómenos naturales como manifestaciones de la ira o el descontento de los dioses. Sacrificios y libaciones aplacaban y conjuraban los maleficios y los dioses expresaban su satisfacción hablando a los hombres"²¹.

En el ayllu el ritual religioso-mágico cumplió un papel fundamental. Cada ayllu poseía diversos tipos de sacerdotes dedicados a algún rito: el "huacsa" ejecutaba, tres veces al año, los bailes rituales. Al parecer utilizaba un tipo de vestido o "hábito" que los distinguía del resto²². Otra especie de sacerdotes llamados "aucachic" cumplían las funciones de "confesores". María Rostworowski explica que se trataba de "una práctica panandina, empleada en las grandes ceremonias o fiestas, al mismo tiempo que se efectuaban los ayunos que consistían en no probar ají, sal, ni tener acceso a mujeres"²³. La confesión se practicaba en público, salvo cuando los confesados formaban parte del entorno del Inca o la falta era demasiado grave. El encargado de recibir la confesión era el aucachic. Las faltas comunes eran el adulterio, el robo, la inobservancia religiosa. El visitador Villagómez describe uno de estos ritos. El "penitente" debía colocar unos polvillos sobre una piedra plana llamada "pasca" y soplarlos al aire simbolizando la huida del pecado. Estas prácticas de ascesis fueron comunes en el Perú. El Padre José de Acosta recoge, en su *Historia Natural y Moral de las Indias*, el siguiente testimonio: "Para la fiesta del Itú, que era grande, ayunaba toda la gente dos días (...). En ciertos pecados hacían penitencia de azotarse con unas hortigas muy ásperas; otras veces darse unos a otros con cierta piedra, cantidad de golpes en las espaldas. En algunas partes esta ciega gente (...) se van a sierras muy agras, y allí hacen vida asperísima largo tiempo"²⁴.

América Latina está en vísperas de conmemorar el primer medio milenio de la llegada de la fe. Adentrarse en la realidad histórica significa también explorar las creencias religiosas de las antiguas culturas que poblaron el continente. Porque fue éste el

21. MARÍA ROSTWOROWSKI, o.c., p. 96.

22. RUBÉN VARGAS UGARTE, s.j., o.c., p. 47.

23. MARÍA ROSTWOROWSKI, o.c., pp. 206-207.

24. JOSÉ DE ACÓSTA ACOSTA, s.j., *Historia natural y moral de las Indias*, Biblioteca Americana, n. 38, Fondo de Cultura Económica, México, 1979, p. 245.

ámbito espiritual y humano que acogió el misterio y el amor del mensaje cristiano. Los obispos latinoamericanos supieron expresar con una hermosa sentencia esta realidad. "El Espíritu, que llenó el orbe de la tierra, abarcó también lo que había de bueno en las culturas precolombinas; Él mismo les ayudó a recibir el Evangelio", manifestaban en el documento de Puebla²⁵.

En la realidad andina, la profunda apertura del hombre andino a lo sagrado fue sensibilizándolo a la prédica de la Buena Nueva. Inmerso en un culto naturalista y mágico, el indígena vive una intensa transformación espiritual. "La creencia en los hechos extraordinarios de la religión mágica primitiva habilitó a los indios para la fe en los misterios más altos sobre el origen del universo y el destino del hombre", reflexionaba el peruanista Víctor Andrés Belaunde²⁶. La "atracción por lo sublime" moldeada a través de los tiempos por la religiosidad precolombina fue la fuerza que sedujo el alma indígena al mensaje definitivo de la fe.

Argentina

ALFREDO GARLAND BARRÓN

25. Ver Puebla, 201.

26. VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE, *Peruanidad*, Ediciones Librería Studium, Lima, 1957, pp. 237-238.